

Un corazón nuevo (3/3)

Dr. Justo L. González



Hombres Presbiterianos
octubre de 2011

Un corazón nuevo (3 de 3)

Texto bíblico: Ezequiel 36:25-27 (RVR 1960)

*Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. **Os daré corazón nuevo y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros;** y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos y los pongáis por obra.*

I. Introducción

Todo lo que dijimos anteayer quiere decir que las palabras que son lema de esta conferencia, “Os daré corazón nuevo y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros”, han de entenderse como promesa escatológica, promesa del día final cuando no solamente seremos completamente limpios de nuestras inmundicias pasadas, sino también libres de toda nueva inmundicia, y Dios hará que andemos en sus estatutos y que los pongamos por obra.

Esto quiere decir que lo del “corazón nuevo” no es algo que podamos alcanzar por nosotros mismos. El propósito de esta asamblea, y de la vida toda de la iglesia, no es darnos un corazón nuevo, pues eso solo Dios puede hacerlo. El propósito de esta asamblea es entender mejor en qué consiste esa promesa de Dios, cuál ha de ser nuestra respuesta ante ella, y entonces nos comprometemos a vivir según esa promesa y esa respuesta.

II. Corazón y sensibilidad

Pero empecemos por aclarar qué es eso de un “corazón nuevo”. Para muchos de nosotros, y para toda la cultura que nos rodea, el “tener corazón” es lo mismo que ser una persona sensible, una persona que evita herir a los demás, y a veces hasta algo sentimental. Es en ese sentido que utiliza la imagen el poeta Eusebio Blanco Soler cuando se queja de que alguien le engañó, al mismo tiempo que aprovecha la ocasión para derramar su ira y decepción:

Me engañaste,
y “¡No has sido tú el primero!”
dijeron mis amigos,
un tiempo de tus pérfidos engaños
víctimas o testigos.
No sé quién fue el primero
más el último
sé que será un gusano.
Buscaré el corazón de tu cadáver,
y ha de buscarlo en vano.

Cuando en ese contexto el poeta habla de no tener corazón, lo que quiere decir es ser cruel, no preocuparse por el dolor ajeno. Ciertamente tales cosas no son buenas. No es bueno ser cruel. No es bueno desentenderse del dolor ajeno. En ese sentido, la cultura de hoy insiste mucho en la importancia de “tener corazón”.

Esto es particularmente cierto en el caso de los varones. Cuando yo era niño, repetidamente se me decía que “los hombres no lloran”. Así, se nos daba a entender que la masculinidad consistía en reprimir las emociones, o al menos su expresión. Eso de las emociones era cuestión de mujeres. Y señal de ello es que la expresión desenfrenada de las emociones recibió el nombre de “histeria” —es decir, manifestaciones del hístér, de la matriz, y por tanto actitud indigna de

los varones.

Hoy sabemos que todo eso debe corregirse. Los varones tenemos tanto derecho y tanta necesidad de expresar nuestras emociones como los tienen las mujeres. El mostrarnos vulnerables no es señal de debilidad, sino más bien de fuerza y de seguridad. Las lágrimas, y el consuelo que nos traen, no son propiedad exclusiva de las mujeres. El tener corazón es prerrogativa y característica de lo que es ser humano.

III. Humanidad y corazón

Esto implica que eso de “no tener corazón” es una exageración. No hay nadie que no tenga corazón. Algunos tendrán corazones más sensibles, y otros corazones más duros, pero todos tenemos corazón. Como veremos más adelante, es por eso que nuestro pasaje habla de dos clases de corazón. Pero por lo pronto hay que aclarar que cuando hablamos de “corazón” no nos estamos refiriendo a una característica, una actividad, o una dimensión particular del ser humano, sino al ser humano todo. Esto es particularmente cierto cuando en la Biblia se habla del “corazón”. El teólogo reformado Karl Barth afirma el hecho indudable de que en algunos casos en la Biblia el “corazón” es el órgano que lleva ese nombre, es decir, el corazón anatómico. En otros casos se refiere a las actitudes y las emociones. Pero en el sentido más amplio el “corazón” no es otra cosa que la persona misma. Dice Barth:

si hemos de ser fieles a lo que el texto bíblico dice, tenemos que afirmar que el corazón es en esencia lo que toda la persona es. Por tanto, el corazón no es solamente el aspecto del ser humano donde la acción reside, sino que es también la esencia de ese ser humano. ... Luego, el corazón no es *una* realidad en el ser humano, sino que es toda la

realidad de ese ser, tanto en cuerpo como en alma.¹

El corazón es la realidad humana misma. En este sentido, el tener corazón es característica del ser humano.

IV. Corazón corrompido

Pero, paradójicamente, también es característica de la humanidad tener un corazón corrompido. Aunque el poeta diga que la mujer de quien se quejaba no tenía corazón, la verdad es que sí lo tenía. Si lo que el poeta dice de ella es verdad, el problema no es que esta persona no tenga corazón, sino que tiene un corazón pervertido, un corazón inclinado a buscar su propio bien, aun a costa del dolor ajeno. Y, ya sea que diga verdad el poeta o que su dolor le lleve a exagerar lo que dice, en verdad eso de que el poeta se queja no es característica solamente de esta mujer, sino que es característica de toda la humanidad—incluso, sin lugar a dudas, del poeta mismo.

En otras palabras, que el ser humano puede contradecir su propio ser—puede contradecir el propósito para el que fue creado, y negar en sí mismo la imagen del Dios que le creó. Es por eso que el ser humano puede ser inhumano. El gato no puede ser “infelino”, ni el perro “incanino”. Pero el humano puede ser inhumano. Ese es el nombre que le damos a cualquier actividad o actitud que nos parezca que contradice lo que deberíamos ser y hacer. Así decimos, por ejemplo, que el dictador Fulano es inhumano, o que la actitud de Mengana, que no ama a sus

¹ *Church Dogmatics*, vol. 3, part 2, *The Doctrine of Creation* (Edinburgh: T. & T. Clark, 1960), pp. 435-6.

hijos, es inhumana, o que la crueldad de Zutano es inhumana.

Pero al decir esto no estamos dándole todo el peso que le corresponde a la paradoja y realidad de la inhumanidad de la humanidad misma. El problema no es que Fulano, Mengana y Zutano sean inhumanos, sino que en fin de cuentas todos somos inhumanos. No es que algunos seres humanos seamos inhumanos, como comúnmente se entiende esa palabra. El problema es que, en términos bíblicos y teológicos, todos los humanos somos inhumanos. Todos negamos la realidad para la cual fuimos creados. Es a esto que nos referimos cuando hablamos de la universalidad del pecado. Es a esto que se refiere el autor bíblico al declarar que, puesto que todos hemos pecado, todos hemos sido destituidos de la gloria de Dios. Dios nos creó para su gloria, no en el sentido de que nos creó para jactarse de su creación, sino que nos creó para que pudiéramos gozar de su gloria. Ese gozo de la gloria de Dios, ese llevar y manifestar la imagen de Dios, ese vivir en presencia de Dios, eso es lo que constituye el ser verdadera y plenamente humano. Pero todos hemos sido destituidos de esa gloria, y por tanto todos los humanos somos inhumanos. Mientras no seamos aquello para lo cual Dios nos creó, no seremos verdadera y plenamente humanos. Como dice el mismo Karl Barth, el ser humano natural—es decir, el humano en su realidad presente, incluso en su religiosidad, “nunca pueda llegar a ser lo que es, y no es lo que debería ser”.²

Volviendo a la imagen del corazón, que es central en el pasaje que estudiamos, es a esto que se

² *The Epistle to the Romans* (London: Oxford University Press, 1933), p. 269.

refiere San Agustín al hablar del *cor incurvatus in se* —el corazón encorvado sobre sí mismo, frase que más adelante tomaron Lutero y otros teólogos para referirse a la condición pecaminosa de la humanidad. Según Lutero, el ser humano tiene siempre, o bien a Dios, o bien a un ídolo. El propósito del corazón humano según Dios lo creó y desea que sea es el amor a Dios. Es a esto que se refiere el propio Agustín en sus muy citadas pero poco entendidas palabras al principio de las *Confesiones*, cuando dirigiéndose a Dios le dice: “nos hiciste para ti, e inquieto está nuestro corazón hasta que repose en ti”.³

Pero el hecho es que los humanos preferimos a los ídolos antes que a Dios, y hasta llegamos al punto de pretender que somos verdaderamente servidores del Dios vivo cuando en realidad servimos a los ídolos que somos nosotros mismos y nuestros deseos. La imagen del corazón encorvado sobre sí mismo me hace pensar entonces en un personaje supuestamente santo que vi en la India hace más de medio siglo. Aquel buen señor había decidido mantener la mano cerrada por años y años, hasta que las uñas se le encorvaron y se le clavaron en la mano, de tal modo que ya no podía abrirla aunque quisiera. Como aquellas uñas, el corazón encorvado sobre sí mismo, aunque creado para bien, se vuelve como una espina que se entierra sobre su propio tallo, de tal modo que lo que fue salud se vuelve incapacidad y hasta enfermedad: la mano ya no puede abrirse; la planta ya no puede crecer como debía.

Una vez más, todo esto nos lleva a entender mejor lo que quiere decir el profeta al prometer en

³ Conf 1.1.1: “*fecisti nos ad te et inquietum est cor nostrum done requiescat in te.*”

nombre de Dios que nos dará un nuevo corazón, no ya de piedra, sino de carne. No se trata solamente de hacernos sensibles, pues la sensibilidad bien puede no ser otra cosa que otro modo de satisfacer nuestros propios deseos. De igual modo que se nos hace fácil creamos nuestros propios ídolos y darles el nombre del Dios verdadero, así también se nos hace fácil tener un corazón de piedra y disfrazarlo de carne. Así, al sentimentalismo vacío lo llamamos amor, y al amor de nosotros mismos lo revestimos de amor hacia los demás.

V. Corazón de piedra y corazón de carne

Por todo ello, hay que aclarar que la diferencia entre un corazón de piedra y un corazón de carne, según el profeta usa esas palabras, no es la diferencia entre un corazón duro y un corazón blando, o entre un corazón que no siente y otro que sí siente. Es la diferencia entre un corazón que ama a Dios y un corazón que se ama a sí mismo. El corazón encorvado sobre sí bien puede parecer sensible, y hasta amoroso, pero es todavía corazón de piedra. Como dice Lutero, ese corazón encorvado sobre sí no es cuestión puramente temporal y material; no es cuestión de amar las cosas materiales por encima de las espirituales. Para citarle, “todo cuanto hay en ti está encorvado, y se opone al [verdadero] amor”.⁴ El corazón encorvado sobre sí mismo nos lleva a tal punto que ya ni siquiera somos capaces de amar a los demás. Somos capaces, sí, de actuar amorosamente. Somos capaces de servir a los demás. Somos capaces de compadecernos con ellos. Pero en todo ello el corazón encorvado sobre sí mismo sirve a sus propios deseos e inclinaciones, y no los deseos ni los estatutos de Dios. Y mientras más se encorva el corazón,

⁴ *Römerbrief*, 2. 337.

más difícil se le hace volverse hacia Dios.

Volviendo al ejemplo de aquel faquir en la India, el tener la mano constantemente encorvada llegó al punto en que ya no podía abrirla. De igual modo, la condición de nuestro corazón encorvado sobre sí mismo es tal que se nos hace imposible abrirlo a Dios—y en consecuencia tampoco a los demás. La mano de aquel buen señor debió haber sido mano abierta y flexible—mano capaz de dar, mano capaz de acariciar, mano capaz de sostener. Pero en lugar de ello se volvió monstruosa manifestación de una religiosidad tan preocupada por sí misma y por su propia santidad que ya no podía cumplir con las funciones para las cuales fue hecha. Lo que parecía devoción no era sino una manifestación más del corazón de piedra que todos tenemos a causa de nuestra naturaleza caída y pecaminosa.

Sin llegar a tales extremos, lo mismo sucede con todos nosotros. A causa del pecado, nuestro corazón está encorvado, y por estar encorvado ya no puede hacer aquello para lo cual nos fue dado. Citando otra vez las famosas palabras de Agustín, “inquieto está nuestro corazón hasta que repose en” Dios—es decir, hasta que tengamos un corazón nuevo o, como diría el profeta, un corazón no ya de piedra, sino de carne.

Lo que caracteriza a ese corazón de carne no es su sensibilidad. De hecho, es muy posible que la sensibilidad misma del corazón le lleve a cometer terribles crímenes y pecados. El corazón de piedra, el corazón desobediente a Dios, frecuentemente se esconde tras un supuesto corazón

sensible. Por ejemplo, el espíritu de venganza es en parte resultado de un corazón sensible. Es precisamente porque su corazón siente, que usted busca desquite o venganza contra quien le hizo sufrir a usted o a alguna persona a quien usted quiere. Era porque su corazón sentía, porque estaba desengañado, que el poeta antes citado escribía sus amargos versos de condenación—y hasta de regocijo en la dureza de corazón de quien aparentemente le había engañado. El corazón de carne que el profeta promete no es entonces meramente un corazón sensible y misericordioso, sino que es un corazón abierto a Dios. No es meramente un corazón que se preocupa por el prójimo, sino que es un corazón que escucha y obedece a Dios—lo cual necesariamente le llevará a amar al prójimo.

De esto hay abundantes ejemplos en nuestra vida diaria. Veamos sencillamente dos de ellos. El primero es el de un patriotismo barato que se emplea para esconder odios, prejuicios y temores. Como latinos en este país, ustedes saben a lo que me refiero. Hay quien no se atreve a decir que odia a quienes pertenezcan a otra raza, o a quienes tengan rasgos indígenas, o rasgos negros. Hay quien no se atreve a decir que teme la diferencia, que se siente incómodo cuando los retos que presentan personas de otras razas o culturas. Hay quien no se atreve a confesar que los prejuicios que le inculcaron de niño todavía continúan. Y hay entonces quien esconde sus odios, sus temores y sus prejuicios tras un manto de patriotismo y de legalidad.

Ciertamente, el amar la patria es bueno, y también lo es el obedecer las leyes. No amar la patria es señal de insensibilidad, y la insensibilidad es parte de lo que Ezequiel llama un corazón de piedra. Ciertamente, no respetar las leyes es señal de falta de respeto a los demás, y la falta de

respeto a los demás es parte de los que Ezequiel llama un corazón de piedra. Pero también es cierto que el sentimentalismo patriótico y el legalismo inflexible bien pueden ser actitudes tras la que se esconde lo que en fin y al cabo no es sino otra forma de corazón de piedra. Cuando el sentimentalismo patriótico se usa para menospreciar a otros, y cuando el amor a las leyes se usa para condenar y privar a los débiles, entonces ese patriotismo y ese amor a las leyes no son sino una manifestación más del corazón de piedra.

El segundo ejemplo posiblemente nos toque más de cerca. Se trata del amor a nuestra iglesia y a la Palabra de Dios y a nuestra religión. Ciertamente, es bueno amar a la iglesia, y tengo que decir de inmediato, para que no se me entienda mal, que no se puede ser cristiano sin la iglesia, y que la iglesia es parte del plan eterno de Dios para la redención de la humanidad. Y ciertamente la Palabra de Dios es lámpara en nuestro camino y lumbrera a nuestros pies. Y ciertamente nuestra religión es manifestación de la obra de Dios para el bien de la humanidad y de toda la creación. Pero cuando el amor a la iglesia se vuelve prejuicio contra quienes no forman parte de ella, como si Dios no les amara, ese mismo amor hacia la iglesia no es sino un modo más en que nuestro corazón de piedra se disfraza como corazón de carne. Cuando el amor a *mi* iglesia, o a *mi* denominación se vuelve razón para menospreciar a otros cristianos, ese mismo amor no es sino un modo más en el que nuestro corazón de piedra se hace pasar por corazón de carne. Cuando nuestro interés en la Palabra de Dios se vuelve recurso para condenar a los demás porque no interpretan esa misma Palabra literalmente, o porque aceptan la teoría de la evolución, o por cualquier otra cosa, entonces ese interés en la Palabra se vuelve

contradicción de la Palabra misma, en la cual Dios se nos revela como Dios de amor y de misericordia. Y cuando nuestra religiosidad se nos vuelve excusa para menospreciar a quienes tienen otras experiencias, o pertenecen a otras culturas, o no han tenido oportunidad de escuchar y aceptar el Evangelio, entonces esa misma religión, en lugar de resultar en un nuevo corazón de carne, se nos vuelve manera de asimos una vez más a nuestro corazón de piedra.

Y la diferencia no está en que el corazón sea blando o duro, sensible o insensible. Ciertamente es mejor un corazón blando y sensible. Pero todo corazón humano, por muy blando y sensible que sea, no es sino lo que el profeta llama un corazón de piedra. La diferencia no está en lo que el corazón nos lleve a hacer o a no hacer, sino en si se trata de nuestro viejo corazón pecaminoso o de un corazón renovado por obra y acción de Dios.

VI. La importancia de la diferencia

Es importante que entendamos esto. De lo contrario, corremos el riesgo de que nuestra misma fe y religión se nos vuelvan, no un camino hacia Dios, sino todo lo contrario. Fue en ese sentido que el famoso teólogo Danés Søren Kierkegaard dijo que todos los caminos llevan a Dios, siempre y cuando nos volvamos. En otras palabras, que no hay camino alguno por el cual podamos acercarnos a Dios por nuestra propia cuenta e iniciativa. El único camino para acercarnos a Dios es un cambio tan radical que nuestro corazón de piedra—incluso aquellos aspectos de ese corazón en los que la piedra se nos presenta como carne—sea transformado, no por nosotros, sino por Dios, en un nuevo corazón, corazón de carne, corazón de verdadero

amor y servicio a Dios.

Todo esto lo afirma también Juan Calvino cuando discute este pasaje en su *Institución de la religión cristiana*, al declarar que Ezequiel no está diciendo que Dios le da nuevas fuerzas a la débil voluntad humana, para que el humano pueda hacer la voluntad de Dios. A esto añade Calvino la siguiente explicación:

Si una piedra tuviera tal elasticidad que, de algún modo suavizada o ablandada, se le pudiera doblar, entonces yo no negaría que el corazón humano puede ser moldeado de tal modo que se vuelva recto, como si lo que le falta le fuera dado por la gracia de Dios. Pero, puesto que mediante esta comparación [entre el corazón de piedra y el de carne] el Señor quiere mostrarnos que de nuestro corazón no puede salir jamás algo bueno, a menos que sea transformado completamente, no pretendamos repartirnos entre nosotros y Dios lo que Dios reclama para sí solo. Luego, es como si una piedra se convirtiera en carne cuando Dios nos convierte al celo por lo correcto.... Afirmino que esto es completa y únicamente obra de Dios...⁵

Y poco más adelante Calvino aclara lo que esto quiere decir al declarar que en el pasaje de Ezequiel tenemos “testimonio de que nuestra conversión es la creación de un *nuevo* espíritu y de un *nuevo* corazón”.⁶ Es Dios, y solo Dios, quien puede quitar el corazón de piedra y poner en su lugar un corazón de carne. Y lo contrario también es cierto: sin el Espíritu Santo que es la presencia y acción de Dios no puede haber tal cosa como un corazón de carne. Citando de nuevo a Calvino, “si se nos quita el Espíritu [Santo] nuestros corazones se endurecen y se vuelven de piedra. Cuando falta su guía, nuestros corazones se tuercen y desfiguran”.⁷

⁵ *Inst.* 2.3.6.

⁶ *Inst.* 2.3.9.

⁷ *Inst.* 2.4.4.

Esto ha sido parte esencial de la tradición protestante desde tiempos de Lutero, y en particular de la tradición reformada desde tiempos de Calvino. Friedrich Schleiermacher, varios siglos después de Calvino, se refirió a ese estado en que el corazón es como piedra diciendo que es un estado en el que la vida se rige sobre la base del contraste entre el dolor y el placer. El corazón de piedra hace lo que le produce placer—ya sea placer físico, mental, o hasta religioso. En contraste, el corazón de carne se guía por un sentimiento profundo de dependencia de Dios, y está dispuesto a sufrir dolor en servicio de ese Dios—de lo cual el más grande ejemplo es la cruz de Jesucristo. El corazón de piedra busca su placer, y hasta cuando ama lo hace solamente porque eso le place. El corazón de carne, según lo entiende el profeta, busca ante todo escuchar y obedecer a Dios.

Lutero establece ese contraste hablando de la diferencia y contraposición entre lo que él llama la “teología de la gloria” y lo que llama la “teología de la cruz”. La teología de la gloria, que en realidad es una falsa teología pues se basa en el viejo entendimiento humano, en el corazón de piedra, en el *cor in se incorvatum*, pretende ver a Dios en lo que desde nuestro punto de vista parecen ser “la virtud, santidad, sabiduría, justicia, bondad, etc.”, mientras que la teología de la cruz—la teología del corazón de carne—ve a Dios allí donde Dios se revela, no en lo que nos parece ser poderoso y victorioso, sino en el sufrimiento de la cruz.⁸

Es por esto que en nuestra primera sesión, al hacer unas aclaraciones gramaticales sobre el

⁸ *Debate de Hidelberg*, tesis 19 y 20.

pasaje de Ezequiel que estudiamos, subrayé el punto de que el sujeto de los verbos en este pasaje es Dios. Es Dios quien dice: “esparciré ... limpiaré ... daré ... pondré ... quitaré ... haré”. El pasaje que estudiamos no trata principalmente de lo que nosotros hacemos, sino de lo que Dios hace en nosotros. Y cuando los verbos están en segunda persona (“vosotros”) se encuentran en voz pasiva, o al menos tienen un sentido pasivo, pues lo que se dice de nosotros y lo que hacemos es resultado de la acción de Dios: “seréis limpiados...haré que andéis en mis estatutos, y [haré que] guardéis mis preceptos y [haré que] los pongáis por obra”. Es Dios, y no nosotros por nuestros propios medios y esfuerzos, quien promete hacer todo esto. Por ello el pasaje no está en imperativo. No dice: “guardad mis estatutos, y guardad mis preceptos y ponedlos por obra”. Ciertamente, el pasaje nos llama a ciertas actitudes, y hasta nos obliga a ellas. Pero el personaje principal del pasaje no es el humano que obedece, ni el pueblo de Dios que obedece, sino el Dios que da espíritu nuevo y pone corazón nuevo. El pasaje nos habla, sí, de nuestra responsabilidad y de nuestra esperanza. Pero nos habla sobre todo y ante todo del Dios en quien se basan tanto nuestra responsabilidad como nuestra esperanza.

Y es también por eso que el pasaje habla, no sólo de la dádiva de un corazón de carne, sino también de la dádiva de “mi Espíritu”: “quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne, y pondré dentro de vosotros mi Espíritu”. Como bien dice Jürgen Moltmann, posiblemente el más distinguido teólogo reformado de nuestros días, el Espíritu Santo es la fuerza creadora de Dios. Es por el Espíritu que la vida y el mundo todo surgen de la nada. Y por tanto el darle nueva vida a lo que estaba muerto—en la visión de Ezequiel, levantar

los huesos secos, o en el pasaje que estudiamos, crear un corazón de carne donde antes hubo uno de piedra—es obra exclusiva del Espíritu Santo. Es obra que no podemos iniciar por nosotros mismos, de igual modo que no pudimos iniciar nuestra primera creación.⁹

VII. El pueblo, y no solamente el individuo

Pero hay más. No olvidemos lo que decíamos anteayer acerca de la gramática del pasaje, que todos lo que no se refiere directamente a Dios está en plural: Esparciré *sobre vosotros* agua limpia, y *seréis* limpiados de todas *vuestras* inmundicias; y de todos *vuestros ídolos os* limpiaré. **Os daré corazón nuevo y pondré espíritu nuevo dentro *de vosotros***; y quitaré de *vuestra* carne el corazón de piedra y *os* daré un corazón de carne. Y pondré dentro de *vosotros* mi Espíritu, y haré *que andéis* en mis estatutos, y *guardéis* mis preceptos y los *pongáis* por obra. En el sentido estricto, quien recibe la promesa de Dios no es el individuo, sino el pueblo de Dios. Dios no dice “*te* daré”, sino “*os* daré”. La promesa de Dios no es crear individuos con un nuevo corazón de carne, sino crear todo un pueblo con ese corazón y con la apertura y obediencia a Dios que el corazón de carne conlleva. No cabe duda de que Dios utiliza a individuos que están dispuestos a escucharle para hablarle al pueblo. Tal es el caso del mismo profeta Ezequiel, quien ataca y critica la vida y la religiosidad del pueblo porque Dios le ha dado palabra que proclamar. La revelación le viene a Ezequiel; pero no para que Ezequiel sea más santo o más obediente, sino para que el profeta Harné al pueblo todo a la obediencia y la santidad.

⁹ *The Spirit of life* (Minneapolis: Fortress Press, 1992), pp. 40-41.

Desafortunadamente, a partir del siglo diecinueve un individualismo extremo se ha posesionado de la civilización occidental y, a través de ella, de la iglesia. Como ejemplo de ello podemos citar el caso del teólogo Kierkegaard, a quien antes cité con aprobación, quien poco antes de mediados del siglo diecinueve escribió un ensayo bajo el título de *Hjertes renhed er at ville eet*—La pureza del corazón esté en desear una sola cosa—en el que trata sobre cómo prepararse para la conversión de pecados. Aunque este escrito contiene muchas cosas de valor y buenos consejos, al mismo tiempo adolece de ese defecto típico de la modernidad, el individualismo excesivo. Tan es así, que el escrito mismo va dedicado “al individuo solitario”.

Pero lo cierto es que la fe bíblica no es una fe solitaria, sino que es más bien una fe solidaria. Juan Wesley, el austero predicador inglés y fundador del metodismo, llegó a declarar que hablar que un “santo solitario” es una contradicción tan grande como la de un “santo adúltero”.¹⁰ Esto lo decía, porque estaba convencido de que la iglesia, la comunidad de fe, es parte del plan redentor de Dios, y rechazaba radicalmente la idea de que se pudiera ser buen cristiano aparte de la comunidad del pueblo de Dios. Lo mismo nos indican la tan conocida imagen paulina de la iglesia como el cuerpo de Cristo, o la del propio Jesús sobre la vid y los pámpanos. Sin ser parte del cuerpo, sin ser parte de la vid que incluye muchos otros pámpanos, los miembros mueren y los pámpanos se secan.

¹⁰ Jackson ed., 14:321.

Con todo y eso, resulta interesante y preocupante notar que con mucha frecuencia leemos lo que está en plural como si fuera singular, y lo que se dirige a todo el pueblo de Dios como si se dirigiera a mí aparte de ese pueblo.

Lo que todo esto quiere decir es que al considerar el lema de esta conferencia, y el pasaje bíblico de donde proviene, tenemos que recordar que la promesa no es solo *para mí*, sino *para nosotros*. Para todo ese pueblo que es la congregación con la que nos reunimos regularmente, y la Iglesia Presbiteriana, y toda la muchedumbre de creyentes por todo el mundo y a través de las edades. Es a ese pueblo de Dios que le es dada la promesa del profeta; y nos es dada a nosotros individualmente, no para que nos regocijemos en ella como si fuera nuestra propiedad privada, sino para que la compartamos con el resto de la iglesia y con toda la vasta creación de Dios.

VIII. El pueblo y su situación

Para interpretar un texto bíblico, es necesario considerar tanto la situación del pueblo a que se dirigía en que fue escrito como la situación en que hoy lo leemos como pueblo de Dios. El considerar la situación inicial, nos ayuda a entenderlo. Y el considerar el presente nos ayuda a aplicarlo y vivirlo.

La condición del pueblo de Israel al cual Ezequiel anunció esta promesa no era fácil ni feliz.

Durante siete años, Ezequiel había criticado la teología triunfalista y ritualista que parecía reinar

entre el pueblo de Israel. Según Ezequiel, las promesas de Dios no querían decir que Israel fuera invulnerable, ni que la dinastía de David no pudiera ser destruida. Por fin, en el 586 a.C., Jerusalén fue conquistada y saqueada por las tropas de Nabucodonosor. Buen número de los líderes de la nación fueron ejecutados, y otros—entre ellos el propio Ezequiel—fueron llevados en cautiverio a Babilonia. Es por eso que, en el pasaje de Ezequiel 37 que cité antes, se nos dice que el pueblo de Israel ha perdido la esperanza, que no piensan de sí sino como huesos secos sin posibilidad de vida. ¿Qué fue de las glorias de David y de Salomón? ¿Cómo es que el Dios de David nos ha permitido caer en esta triste condición? Es en esa situación, a un pueblo antes demasiado seguro de sí mismo pero ahora dudoso de su propio futuro, que Ezequiel dirige las palabras que estudiamos. Sus palabras son entonces promesa de restauración, de nueva vida. Dios ha de recoger al pueblo esparcido en tierra extraña. Dios les dará nueva vida a los huesos aparentemente secos. Pero no de una vida como la de antes, marcada por la injusticia y por la religiosidad vana, sino de una nueva vida marcada por la acción de Dios y por la respuesta del pueblo a esa acción: “pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos y los pongáis por obra”.

IX.

Y, ¿qué de nosotros? ¿Cuál es entonces nuestra situación hoy? ¿Cuál es la condición de los hombres presbiterianos latinos? Esta es una pregunta que tenemos que hacernos si hemos de interpretar correctamente el significado del pasaje para nosotros hoy. Y no es pregunta fácil, pues si los hombres presbiterianos latinos son como los hombres metodistas latinos entre los

cuales frecuentemente me muevo, estamos por una parte donde estaba Israel antes de la caída de Jerusalén, y por otra parte estamos abocándonos a situaciones parecidas a las del exilio en Babilonia.

Por una parte, pertenecemos a denominaciones respetadas. Toda persona educada que sabe algo de la historia de este país también sabe algo de la contribución que iglesias como la presbiteriana y la metodista hicieron en el período formativo de la nación, y de cómo al menos parte de ellas protestaron contra la injusticia de la esclavitud, y de cómo ante un patriotismo estrecho y chauvinista que iba surgiendo a raíz de las guerras mundiales esas mismas denominaciones, y otras como ellas, le señalaron al país la necesidad de una postura más elevada, más respetuosa de las perspectivas y necesidades del resto del mundo. Quienes conocemos algo de la historia de la teología en el siglo pasado sabemos que cuando el teólogo reformado Reinhold Niebuhr hablaba, la nación escuchaba. Sus llamados a la integridad y a la justicia se publicaban y se comentaban en el *New York Times* y en otros diarios prominentes. Parecía que nuestras iglesias estaban destinadas a ser por siempre un factor importante en la vida política, social, económica e intelectual del país.

Hoy todavía nos queda algo de eso. Nuestras instituciones educativas, tanto universidades como seminarios, gozan de prestigio. En muchos de nuestros pueblos y en algunas ciudades se invita a los pastores y otros líderes de las iglesias a las más importantes funciones sociales. Todavía hay políticos que buscan nuestro apoyo.

Pero lo cierto es que las cosas han cambiado bastante. Ya no solo nuestras iglesias, sino la fe cristiana misma, van perdiendo fuerza en medio de la sociedad. Hoy hay por una parte una sociedad que se aparta de la iglesia, y por otra una iglesia que se aparta de la sociedad. En cuanto a lo último, basta con mirar los programas religiosos que se transmiten por televisión para ver que buena parte de su éxito está en que separan y aíslan a sus audiencias de los retos y dudas que la sociedad plantea. Y en cuanto a lo primero—que la sociedad se va olvidando de la iglesia, basta con una breve anécdota que, aunque posiblemente excepcional, señala la dirección en que la sociedad se mueve. (¿“... con el hombrecito, o sin el hombrecito?”)

Ante tales situaciones, hay dos alternativas comunes. Por una parte, hay quien se refugia en el prestigio de la iglesia. Después de todo, somos la Iglesia Presbiteriana (o, en mi caso, la Iglesia Metodista). El presidente Fulano, el profesor Mengano y el científico Zutano fueron presbiterianos. Nuestro prestigio es tal que resulta inconmovible. Y, por otra parte, hay quienes tienen lástima de sí mismos: ¿Qué fue de aquella iglesia tan fuerte y prestigiosa? ¿Qué fue de aquellos días en que nuestras opiniones y declaraciones se escuchaban y discutían? ¡Pobrecitos de nosotros, a quienes ha tocado vivir en estos aciagos tiempos!

La primera postura es paralela a la de quienes, cuando Ezequiel les llamaba al arrepentimiento y la justicia, decían sencillamente que eran el pueblo de Israel, el pueblo escogido de Dios, y que

por tanto nada malo les pasaría. La segunda es paralela a la de aquellos que se lamentaban: no somos sino huesos secos y sin vida; hemos perdido la esperanza y estamos destruidos. Y para ambos Ezequiel tiene la palabra de Dios.

Para los primeros: Dios no necesita de Israel, ni de la Iglesia Presbiteriana, ni de la Iglesia Metodista, para hacer cumplir su voluntad. Si Israel o la iglesia no siguen los designios de Dios, Dios les llama al arrepentimiento. Ante tal llamado, no basta con decir que somos hijos de Israel o de Calvino. Ante tal llamado, no basta con reorganizar la iglesia. Los problemas de la iglesia no se van a resolver cambiando el Libro de Orden presbiteriano o la Disciplina metodista. Ante el llamado de Dios el único camino viable es el arrepentimiento, el redescubrimiento de la misión, y todo ello en virtud de la renovación del Espíritu de Dios.

Para los otros: Los huesos secos han de revivir—no en virtud de ellos mismos, no reorganizando la iglesia, sino por obra del Espíritu de Dios. De igual modo que Dios no abandonó al pueblo en el exilio, tampoco abandona a su iglesia en tiempos difíciles. Dios utiliza los tiempos difíciles para llamar a su pueblo al arrepentimiento y a una nueva obediencia.

Y para todos, tanto los unos como los otros: La promesa de Dios es una promesa escatológica. No es una promesa que se va a cumplir a plenitud en nuestros días y en nuestra historia. Pero sí es promesa de cuyo cumplimiento veremos vestigios en nuestra vida y en nuestra historia. Dios restauró a Israel y le dio fuerza para andar en sus estatutos; pero Israel siguió siendo Israel,

todavía en espera del día en que la promesa se cumpliera a plenitud. Dios restaurará a la iglesia—de hecho, en muchas partes del mundo y en muchas de nuestras comunidades latinas Dios ya está restaurando a la iglesia. Pero esa restauración no será completa y final. En nuestros días y en nuestra historia la promesa de Dios se cumplirá, pero seguirá siendo promesa hasta el día glorioso en que escuchemos las palabras:

Esparcí sobre vosotros agua limpia, y fuisteis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpié. **Os di corazón nuevo y puse espíritu nuevo dentro de vosotros;** y quité de vuestra carne el corazón de piedra y os di un corazón de carne. Y puse dentro de vosotros mi Espíritu, y así andáis en mis estatutos, y guardáis mis preceptos y los ponéis por obra.

¡Amen! ¡Así sea!

